

OTEIZA

“Poloetxániz”

21-10-1908 Orio-Donostia 09-04-2003



Foto Fernando Larruquert

Esta fotografía –en gris desde el blanco al negro– de esa escultura oscura –en luz y sombras de acero– la hizo Fernando Larruquert el nublado mediodía del 07-06-99; gris el cielo y gris su espejo, el mar; gris la niebla, gris el viento.

Siete toneladas de hierro concebidas, en principio, como homenaje a un bertsolari; conformadas en un taller de Oarsoalde dea como monumento al bersolari y ancladas finalmente en Zarauz simbolizando el bersolarismo. Oteiza guió al guero a la posición adecuada para posar la ciclópea pieza y

Larruquert indicó a Oteiza la posición, la pose para posar, para foto reposada.

Xegundo Eizmendi, íntimo de Jorge, me confidenció –jugábamos de pareja ese día– que el centro de gravedad del tocho de hierro pivotaba sobre la figura de “Basarri”, su hermano, figura singular en la historia del bersolarismo y ejemplar para la pléyade de inspirados bersolaris que ahora tiene el País.

Así concluyó la instalación. La inauguración oficial se celebró días más tarde presidida por la alcaldesa Mayte Etxaniz que

ahora se incorporaba al grupo de la foto para sentarnos en un baserri-restaurant cercano, entre plaza y playa, donde todos menos uno comimos todo –menos el postre– con los dedos de las manos; salvando los meñiques –al estilo preciosista versallesco– en atención a la dama presente y quizá también por marcar distancias con esas gentes mal educadas incapaces de despachar pata negra y mariscada si no disponen de cubiertos pero que al fin y a la postre, se quedan al descubierto al no utilizar la herramienta cuando más deben hacerlo, p. ej. para pelársela, la fruta.

Concluida la fase comercial, prosiguió la bebercial, con muchos humos. Aita Jorge que definió genéricamente el frontón como una escultura, perfecta en algunos casos como Rentería o Durango, soltó sobre el mantel una versión mini de su parmovil, cuyo caótico rodar invita a contemplarlo como truco de prestidigitador. Sobre el manto de papel, v. g. en el mantel, dibujó luego un cipote. No un cipotillo de solapa pitopaúsico y birrioso, queva, queva; sino un cipote a escala 1:1, reglamentario modelo mejorado C. J. Cela, debidamente circuncidado, grande glande, orlado por un par de cojoncillos pelados, hiperbólicos, enanos, calibre león keniano, talla tigre siberiano. Y nos dijo que aquello era un FARO; ninguno se atrevió a dudarlo. Un aviso a navegantes que hago propio para manifestar que estas líneas están dictadas desde el más profundo respeto al gran maestro y de admiración hacia el filósofo-escritor, poeta, humanista, *pelotazale*, genio Oteiza cuyo legado debe ser administrado conforme a su voluntad, más que nunca ahora que él no está para defender sus ideas de manera, siempre, vehemente.

Don Pedro Berrondo –tradujo “El Quijote” al euskera– asistía con regularidad a la tertulia *pelotazale* que, en el café Okendo donostiarra, capitaneaba el “coronel” (léase poema-epitafio de Oteiza) Pelay Orozko. Acompañado siempre de su fiel escudero Juantzo, un renteriano modelo de discreción, el cura oiartzuarra polemizaba sobre frontón con toda la austeridad que le confería el haberse remangado muchas veces la sotana para jugar a esto nuestro. Nacido en el caserío Aranguren, “Arangun” como él decía, lugar de recreo veraniego y fechorías infantiles que ya he glosado en la revista *Mutxo!* Y también escenario de tragedias en el tristemente famoso periodo que tiñó de odio a nuestros mayores, allá por el 36.

Pocas palabras para el padre Berrondo, el sacerdote; y pocas también, vergüenza me doy, para aita Oteiza el sumo sacerdote. Imagino a ambos en la tertulia del Más Allá, enredándose a ostias filológico-gramaticales, con Koldo Mitxelena. De Dios tiritita.